

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, lowercase, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Global, civil, solidario [Global, civil, supportive]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Waterman, Peter
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-24 13:58:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220089

Global, civil, solidario. La complejización del nuevo mundo*

Waterman, Peter

Peter Waterman: Cientista social inglés. Docente del Instituto de Estudios Sociales de La Haya en temas de relaciones internacionales alternativas y movimientos sociales.

El reconocimiento del creciente alcance e intensidad de las relaciones espacio-tiempo, de una socialización global cada vez más interdependiente, hace que las nociones simplistas y tradicionales del mundo social y su transformación sean cada vez más arcaicas. El determinismo de clase, económico y tecnológico; el nacionalismo territorial como la identidad política primaria; el revolucionismo/insurreccionismo político y el apocalipticismo global han sido parte de los recursos usuales de la izquierda.

A continuación intentaré lo siguiente: primero, criticar el discurso de la internacionalización/internacionalismo; segundo, esbozar una aproximación a la globalización; tercero, observar la relación entre la globalización y los movimientos sociales; cuarto, considerar el significado de la sociedad civil global; quinto, proponer la «solidaridad global» como sucesora del «internacionalismo»; y, finalmente, considerar algunas implicaciones para los internacionalistas post-tradicionales ¹.

Existen por lo menos tres grandes tradiciones históricas de internacionalismo: el universalismo religioso, el cosmopolitismo burgués y liberal, y el internacionalismo laboral y socialista. Uno incluso podría añadir una clara tradición radical-democrática (anti autoritaria) y una tercermundista (antimperialista). Debería ser posible proponer un nuevo tipo de comunidad internacional a partir de cualquiera de esas tradiciones. Si lo hago a partir de la tradición laboral y socialista, no es de ninguna manera para darle prioridad ni tampoco para defenderla. El que se haya hecho así en el pasado es una de las razones de su defunción; y una defensa implica-

¹Esta es una versión corregida de otro ensayo con título similar (Waterman 1993). Allí se analiza una amplia gama de literaturas sobre globalización y temas relacionados. El argumento fue expuesto en un seminario del Institute of Social Studies (La Haya), y en un panel que incluía a Anthony Giddens, en una conferencia de la International Association of Mass Communications Research, ambos en junio de 1993. Agradezco a los participantes de ambos eventos sus comentarios.

ría: 1) ocultar la naturaleza problemática del internacionalismo laboral y socialista, aun en su apogeo a finales del siglo XIX; y 2) negar el significado del cambio global actual y de las nuevas interpretaciones que ofrece. Lo que en realidad deseo hacer es confrontar la antigua tradición laboral y socialista con el nuevo mundo y sus (des)órdenes conceptuales. Esta confrontación promete ser beneficiosa para ambas partes. Además, los miembros de los sindicatos han demostrado que son menos internacionalistas que los defensores, en su gran mayoría de clase media, de los nuevos movimientos sociales. Mostrarle al proletariado de provincia la importancia de un nuevo tipo de internacionalismo es un reto mayor que razonarlo para los sectores medios metropolitanos. No se puede negar, por último, que existe un cierto placer irónico en hablar de socialismo y de la clase trabajadora en una época en que incluso muchos intelectuales progresistas y cosmopolitas consideran que el socialismo está muerto, que la categoría de clase es irrelevante, y que el internacionalismo es un discurso eurocéntrico, totalizador y represivo ².

En cualquier caso, estableciendo una base dentro de esta tradición voy a argumentar que una comprensión específica de la globalización, y una actitud crítica y comprometida con respecto a ella, podrían hoy en día - por primera vez en la historia - hacer del «internacionalismo» una utopía atractiva y una política efectiva.

Internacionalización e internacionalismo

La «internacionalización», ya sea en la interpretación liberal o socialista, implica universalización, y está acompañada por un universalismo político/ético afín. En ambos casos la internacionalización y el internacionalismo han significado occidentalización. Se trata, por lo tanto, de universalismos particularistas en los cuales las teorías, modelos, aspiraciones y utopías de la Ilustración occidental se ofrecen, o imponen, al resto del mundo. También son universalismos parciales, en cuanto dan prioridad o marginan estructuras sociales, procesos y movimientos sociales particulares. Finalmente, no llegan a un acuerdo con los tradicionalismos o particularismos - incluyendo los provocados por ellos mismos -.

Existe otra limitación grave común entre los viejos discursos. Los conceptos de internacionalización liberales o marxistas son bidimensionales: dependen de una comprensión horizontal del espacio - espacio como lugar - y el lugar privilegiado es el del Estado-nación o bloque de éstos (Giddens 1990: 66-9). Sin embargo, el Estado-nación es un fenómeno históricamente reciente, que vincula los derechos y la

²Aquí se hacen muchas suposiciones que posiblemente no sean muy conocidas. Para una argumentación pertinente, v. Waterman 1988, 1989.

comunidad al territorio, y se apoya, finalmente, en el uso de la violencia contra los enemigos externos e internos. Evidentemente, el Estado-nación cuenta con un encanto y un éxito permanentes a la hora de capturar la imaginación popular, e incluso movilizarla hacia guerras (auto)destructoras. Pero la supremacía del Estado-nación en contraposición con identidades, comunidades y valores más locales y más particulares, o más generales y no territoriales (por ej. democracia, pluralismo), siempre ha sido débil y está cada vez más cuestionada.

En las tradiciones marxistas y liberales, el Estado-nación y la sociedad se consideran más o menos sinónimos y suministran los parámetros esenciales para la sociología. Para los especialistas de «izquierda» y de «derecha», las «relaciones internacionales» tienden a significar relaciones interestatales (y relaciones económicas definidas por Estados o por bloques). Esas tradiciones académicas no sólo son incapaces de considerar la globalización, sino también son cada vez menos aptas para explicar el terreno o la relación particular que han apartado para su estudio. Existe una multiplicidad de relaciones sociales: por debajo, dentro y a través de las fronteras e incluso sin ellas. Necesitamos una visión de la naturaleza del mundo que nos permita entenderlas.

En los siglos XIX y XX el internacionalismo se subordinó a un «mundo de Estados-nación». Para los internacionalismos liberales y socialistas (es decir, inter-nacionalismos), el futuro previsto era uno donde la supresión de fronteras, la ocupación o fusión de territorios, llevaría a superar las diferencias significativas (léase: «tradicionalismo», «particularismo») que antes marcaban y distinguían esos sitios. Pero esa internacionalización/internacionalismo sólo ha tenido lugar en las formas más contradictorias o perversas.

Hacia una globalización crítica y comprometida

Considero que una teoría de la globalización crítica y socialmente comprometida puede superar las «visiones del mundo» tradicionales de izquierda o derecha - la expansión de Occidente, el imperialismo, el desarrollo, la dependencia e interdependencia, el globalismo, etc. -. Y puede hacerlo sin necesariamente negar o ignorar los procesos continuos que estos enfoques puedan connotar. Aquí utilizo la expresión «crítica y comprometida» en la tradición de Marx y su Crítica de la Economía Política; en otras palabras, como rechazo a una relación social alienante, como crítica a un entendimiento dado de esto y como un llamado a un movimiento emancipador.

Cuando digo que esta teoría no necesita, o no debería, negar o ignorar los procesos que otros discursos intentan reflejar o controlar me refiero a que no deberíamos rechazar el discurso imperialista mientras todavía exista abundante evidencia de imperialismo. Una teoría crítica de la globalización se debería entender más bien como un nuevo mapa y como una transparencia, a través de la cual todavía puedan verse las viejas estructuras, procesos y discursos. Por otra parte, aunque el término «imperialismo» todavía pueda usarse en relación, por ejemplo, con la guerra dirigida por Occidente contra Irak, difícilmente ilumina la extendida complicidad del Tercer Mundo con esa guerra, y menos aún puede llevarnos a una identificación con el nacionalismo estatal iraquí, como la tradición antimperialista de izquierda condujo a algunos. Y aunque difícilmente sea lógico utilizar el discurso de los tres mundos, cuando el Segundo Mundo ha implosionado, se puede aceptar la interpretación del Tercer Mundo que nos dicta el sentido común, siempre y cuando uno tenga a mano una transparencia con un valor más explicativo y emancipador.

El concepto de globalización que propongo reconoce los límites de los proyectos de internacionalización y universalismo occidentales. Las (r)evoluciones exportadas son cada vez más contraproducentes (George 1992). Los principales Estados, ciudades y sociedades «norteños», revelan características «sureñas» (v. Davis 1992:20-21 sobre Lima, Beirut y Ciudad de México, mostrándole a Los Angeles su posible futuro). Los afroamericanos en EEUU soportan la misma calidad de vida que la gente de Trinidad. Los Estados del Norte pierden la integración y el control que previamente les permitían (creer) controlar el mundo. O incluso que pueden controlar completamente sus propios patios traseros multi-étnicos o multi-rreligiosos (Forbes 1993).

Lo externo inviste lo interno, lo local vuelve a definir lo global³. Así, el movimiento ecologista global descubrió a Chico Mendes (1992), cauchero, organizador rural, sindicalista, socialista y ecologista. A su vez, sus luchas y muerte en una comunidad amazónica informa al movimiento ecologista global que las luchas ecológicas son de vida o muerte en mucho más que en un sentido cósmico. También suministró al mundo un nuevo tipo de héroe de la clase trabajadora⁴, uno que es mucho más que un trabajador y un socialista. Ahora es también un héroe local, lo que es

³Esto contradice la visión de Vandana Shiva (1993). Ella presenta lo local/global como una división binaria y maniquea, la primera investida de virtud y la segunda de vicio. Esto más bien trastoca y no supera la lógica globalista que ella desea socavar.

⁴Referencia a una canción de John Lennon, que nos dice que «un héroe de clase trabajadora es algo que vale la pena ser», y cuán difícil es ser uno.

algo que vale la pena ser. Hoy en día, los héroes (y heroínas) locales también pueden ser globales⁵.

La modernidad radical como un capitalismo de información

Resumiendo los argumentos de Beck (1992), Giddens (1990), Melucci (1989), Poster (1984,1990), y Walsh (1992), la etapa contemporánea sería de modernidad alta o radical, caracterizada además como el período del capitalismo de información, complejo, globalizado y de alto riesgo. Se debe entender que la globalización (a diferencia del imperialismo, el desarrollo o la dependencia) está multideterminada por el mercado, la vigilancia, la militarización, el industrialismo, el patriarcado, la tecnocracia, el informatismo, el racismo, etc. Aunque se insiste en la creciente interdependencia de los procesos/instituciones/ideologías indicadas anteriormente, considero que es imposible dejar de reconocer la prioridad del capital y del Estado. Con esa prioridad me refiero a que los veo como las fuentes o fuerzas más dinámicas y poderosas, aun si cada vez dependen más de las otras. Reconocer aquí la prioridad del capitalismo (transnacional) y del (inter)estatismo, no necesariamente implica la primacía de las contradicciones o luchas anticapitalistas, anti-imperialistas o anti-estadistas. Hoy en día, el capital y el Estado no necesariamente se enfrentan a las comunidades locales, nacionales, regionales o globales de maneras tan directas y evidentes como las del siglo XIX - con la fábrica, la prisión, el fusil y la bandera -. Estudiar e involucrarse en movimientos emancipadores globales nos dirá dónde, cuándo - y para quién - tiene primacía una contradicción.

El capital global enfrenta al trabajo globalmente. La rapidez del cambio en el trabajo asalariado, en su crecimiento o decadencia relativos, en su naturaleza, en su separación por mercado de trabajo, en el balance y distribución (nacional, regional y globalmente) de tal mercado, y en la naturaleza de sus productos, nos exige que reconsideremos radicalmente las estrategias del movimiento laboral, desde el nivel local al global.

Siguiendo el ejemplo de Allen (1992), la clave para la transformación contemporánea de la economía capitalista global y del trabajo asalariado es el papel rector que

⁵A principios de 1992 se le cambió el nombre a una conferencia internacional por los derechos humanos convocada por la Dutch Development-funding agency (Agencia Holandesa de Fondos para el Desarrollo), NOVIB, para honrar a María Elena Moyano, la popular alcaldesa feminista del mayor poblado marginal de Lima. Moyano fue asesinada y descuartizada por los maoístas autoritarios y militaristas de SL. Pero al iniciar la conferencia, el secretario general de NOVIB mencionó también a Chico Mendes y a Shankar Guha Nyogi el líder de un movimiento altamente innovador, cuya base son los mineros tribales de la región de Chhatisgarh en la India, y quien fue igualmente asesinado hace poco. El video nos permite tener conocimiento de esos líderes locales. El correo electrónico internacional ya está ayudando a mantener vivas y libres a personas como ellos.

juegan el conocimiento y la información. En forma de tecnología de la información, o de equipo computarizado (como producción y producto), ambos factores están relacionados con la reducción de la demanda total de mano de obra, con un desplazamiento dentro del proceso laboral del operador de maquinarias al técnico, de economías de escala (producción en masa) a economías de campo específico (producción de lotes para mercados «nicho»), de producción a servicios. Igualmente se relaciona con la descentralización de la producción (mientras se retiene el control central administrativo o financiero) y con relaciones de eslabonamiento entre esos controladores centrales. Algunos consideran que esto lleva a una nueva polarización, a) dentro de las fuerzas laborales nacionales (macho, blanco, fijo, calificado contra hembra, no blanca, temporal o a tiempo parcial, no calificada), y b) entre un Norte informatizado y un Sur industrial (o al menos parcialmente industrial). Dicha imagen podría sugerir la necesidad (pero no necesariamente la posibilidad) de un nuevo tipo de alianza tipo-clase a nivel nacional e internacional. Pero personalmente preferiría considerar este cuadro como un proceso que socava simultáneamente la identidad basada en la mano de obra y crea la base para nuevos movimientos sociales inter-clases, que cuestionen la subordinación continua y la esclavitud por el trabajo, la naturaleza de los productos, la ética de la competencia, el consumismo, el crecimiento, etc.

El descentramiento del poder capitalista

Globalización significa que el poder a nivel internacional reside cada vez menos en un escenario territorial unificado, al igual que tampoco gravita en torno a un sujeto privilegiado único (por ejemplo, la burguesía internacional), depende de un determinante primario (por ejemplo, militar/estratégico), o yace a un nivel primario (por ejemplo, el Estado nacional). Mucho menos nos parece que esos cuatro elementos coincidan, como podría haber sido el caso durante la Paz Británica (hasta 1914) o la Paz Americana (después de 1945). Durante la guerra contra Irak observamos el funcionamiento de una compleja división de la mano de obra: La coalición de la guerra del Golfo aunó diferentes tipos de poder de diferentes entidades. Los EEUU suministraron equipo militar y personal entrenado. Algunos países árabes pusieron las áreas de base; los emires, Japón y Alemania el dinero; el Consejo de Seguridad de la ONU, dominado por las principales potencias, otorgó la legitimación. Aunque la guerra produjo un sentimiento nacionalista en EEUU y en algunos otros países, su modelo de coalición reflejó la incapacidad de EEUU, o de cualquier otra nación, para funcionar como un poder hegemónico por su propia cuenta (Brechtner 1993: 5-6). Uno podría ir más lejos, señalando cómo EEUU suministró la (des)información, y cómo países ex-comunistas e incluso países antiguamente «no

alineados» del Tercer Mundo se unieron con entusiasmo a la cruzada. Una comprensión de la globalización toma en cuenta tanto los intentos de (re)crear bloques hegemónicos como una alianza o modelos de redes para la preservación del orden mundial. Por supuesto, esto no significa que podemos seguir entendiendo el orden mundial como si fuera fundamentalmente un asunto de relaciones entre Estados o bloques homogéneos. Necesitamos una visión más compleja, que tome en cuenta el aumento de la complejidad/intensidad de las relaciones entre tiempo y lugar, y la ambigüedad del espacio como lugar.

La cambiante interrelación de espacio y tiempo

La teoría crítica de la globalización requiere una comprensión multidimensional del espacio; de un proceso simultáneo de «ámbito/tramo espacio-tiempo» e «intensidad/profundización espacio-tiempo» (ver Giddens 1990, Harvey 1989, McGrew 1992:68).

Las relaciones sociales en cada localidad sufren cada vez más, aunque diferencialmente, el impacto de los eventos/procesos distantes; esta diferenciación del involucramiento también es notable entre clases, grupos étnicos y sexos. Como lo señaló Massey (1991), en los procesos de globalización algunos grupos tienen más iniciativa, mientras que otros reciben, y todavía hay otros que están aprisionados por la intensificación o el alargamiento del espacio-tiempo. Ella sugiere que existen: 1) quienes están a cargo de la compresión tiempo-espacio y pueden obtener la mayor ventaja de eso: inversionistas corporativos, distribuidores de películas y agentes cambiarios la gente del jet set y usuarios del correo electrónico; 2) los que han contribuido en un sentido pero están aprisionados en otro: los habitantes de los barrios pobres de Río de Janeiro, quienes pueden ser una fuente de fútbol y música globales pero tal vez nunca hayan estado en el centro de Río (ni tampoco, creo, en la Eco-92); 3) un grupo en la periferia de la primera categoría, incluyendo académicos y periodistas occidentales «que escriben casi todo sobre eso» (1991:26).

La tercera categoría de Massey que debe incluir a muchos intelectuales «sureños» - «occidentalizados» o no - es importante por tres razones: 1) nos permite ver que las teorías de la compresión tiempo-espacio no son emanaciones inefables de la ciencia social, sino reflejos/expresiones de la gente que ocupa posiciones en materias específicas; 2) permite a los que se encuentran en esas posiciones (incluyéndome) relacionar sus experiencias/ideas con los de la segunda categoría, que es lo que la propia Massey evidentemente está tratando de hacer; 3) nos ayuda a entender por qué mientras algunas clases, grupos étnico/religiosos, categorías sexuales, podrían dar

la bienvenida a la globalización como liberadora, algunos buscan enfrentarse a ella y otros incluso excederla.

También debe reconocerse la complejidad del tiempo y la creciente centralidad de las «guerras de tiempo» (Rifkin 1987). El cambio del tiempo natural (sol, luna, estaciones) al reloj, y del reloj a la computadora, ha estado acompañado de 1) un distanciamiento de la humanidad y de la sociedad de la naturaleza y 2) el poder y alcance cada vez mayor de quienes literalmente controlan el tiempo. Las guerras de tiempo de Rifkin son guerras de clase, de género e imperiales. Ellas conducen a «pirámides y guetos de tiempo» (p. 190). Y en la cima de las pirámides de tiempo global, computarizadas, de hoy en día se encuentran, por supuesto, las compañías multinacionales. La creciente hegemonía global del tiempo definido por computadora y controlado por computadora aumenta - con una urgencia dramáticamente creciente - la necesidad de la democratización del lugar y del espacio, que debe estar acompañada por la «democratización del tiempo» (pp. 221-43). Lo rápido no es más bello que lo grande.

Creo que el reconocimiento del creciente alcance e intensidad de las relaciones espacio-tiempo, de una socialización global cada vez más interdependiente, tornan cada vez más arcaicas las nociones tradicionales y simplistas del mundo social y su transformación. El determinismo de clase, económico y tecnológico; el nacionalismo territorial como la identidad política primaria; el revolucionismo/insurreccionismo político y el apocalipticismo global han sido parte de los recursos usuales de la izquierda. Incluso se pueden encontrar combinados - aunque inestablemente - en las doctrinas de los últimos partidos comunistas maoístas, como el Partido Comunista de Filipinas o Sendero Luminoso (SL) de Perú. Una creciente conciencia de la complejidad e interdependencia globales permitiría que estas nociones queden para ideólogos reaccionarios, conservadores, autoritarios. Los nuevos movimientos sociales, que continúan y rompen a la vez con la izquierda clásica, comienzan a señalar respuestas más complejas a nuestras crecientes preocupaciones globales.

Los nuevos movimientos sociales como globales

La globalización extiende los efectos del desarrollo capitalista a todas partes (y, como señalan las feministas, a todos los cuerpos). Hace más intensas las combinaciones, irregularidades, ambigüedades y contradicciones de la alta modernidad. Da origen a los movimientos sociales democráticos y pluralistas que señalan la posibilidad de alternativas globales significativamente posmodernas - es decir, poscapiti-

talistas, posmilitaristas, posindustriales -. (Este pensamiento está muy bien expresado en la postal feminista que declara «Seré una posfeminista en el pospatriarcado»). Si antes las ideas acerca de un orden mundial alternativo encontraron su expresión en los escritos de individuos o de un movimiento particular, desde un área mundial precisa (Occidente), ahora están comenzando a descubrir una expresión política colectiva (Brechner, Childs y Cutler, 1993).

Previamente, los movimientos emancipadores operaban con visiones del mundo en las cuales el enemigo (o los enemigos aliados) eran considerados homogéneos u homólogos, omnipresentes y más o menos omnipotentes (para tal discurso socialista sobre el acapitalismo», v. Gibson-Graham 1993). Por supuesto, el enemigo también personificaba el mal. El movimiento se representaba así mismo como la alternativa natural, supernatural, social e históricamente decretada, y como la personificación de la virtud. La nueva visión del mundo, que ofrecieron Brechner y otros, es profundamente subversiva con respecto a ese modelo. Pero está de acuerdo con la estructura, la estrategia y actividad de los nuevos movimientos globales pluralistas; es activa a muchos niveles sociales, en muchos espacios sociales, asume áreas superpuestas de actividad con otros, y espera verse involucrada en un diálogo con ellos.

La globalización, por supuesto, no sólo provoca movimientos democráticos, pluralistas y progresistas. También da origen a movimientos autoritaristas, militaristas y apocalípticos (religiosos y seculares, de derecha e izquierda) que intentan negar, rechazar o esquivar una modernidad capitalista globalizada. Nos referiremos nuevamente a SL. Este movimiento es el resultado de la periferización del Perú de las últimas fases de la globalización capitalista, y de un intento por aislarlo aún más. Sus contradictorios principios éticos y lógicos e hipocresías políticas son impresionantes. SL asesina al proletariado peruano en nombre de una revolución proletaria que es rechazada por los mismos proletarios. Es parte de una red «proletaria internacionalista» que está formada por los habituales intelectuales de clase media, alienados de sus sociedades nacionales y autoaislados de las masas locales. Mientras hace saltar por los aires el cuerpo moribundo de una popular líder feminista, y denuncia a Amnistía Internacional por su hipocresía burguesa, SL recurre a la opinión pública mundial (en realidad a la parte más ingenua, ignorante o romántica de sus clases medias socialistas y liberales de izquierda) para defender los derechos humanos de sus líderes autoritarios⁶. Por más inhumanos, irracionales, arcaicos o grotescos que estos movimientos parezcan ser, no pueden ser descartados, re-

⁶Las actividades nacionales e internacionales de SL se debatieron en la prensa de izquierda y la prensa liberal de EEW y el Reino Unido en 1992-93. Para muestra v. las páginas correspondientes del NACLA Report on the Americas. Volumen 27, N° 1-3 1993.

primidos o simplemente nombrados/domesticados como fundamentalistas, fascistas, racistas, totalitarios (Pieterse). Estas clasificaciones pueden ser necesarias para provocar una respuesta inicial en el público relevante. Pero puesto que parecen ser provocados cada vez más precisamente por nuestro capitalismo complejo, informatizado y globalizado, tales movimientos necesitan más bien de aquéllos a quienes amenazan, para actuar globalmente contra las condiciones globales que los provocan.

Alternativas globales complejas

La identificación de problemas globales en lugar de enemigos universales requiere formular soluciones globales viables, convincentes, atractivas y deleitables. La palabra deleitable es crucial aquí. Si reconocemos en qué medida el Estado-nacionalismo y el capital globalizado capitalizan (literal y figurativamente) el disfrute, los que buscan superar el capitalismo deben dejar de lado su miedo u odio al placer, a la sensualidad, al deseo y al consumo individual (Ehrenreich 1990). La noción de una Revolución Cultural maoísta a nivel mundial atraerá a pocos, especialmente entre aquellos pueblos que ya estuvieron sometidos a ese autoritarismo puritano y sus hipocresías anexas.

Hay que abandonar otras tradiciones izquierdistas, como la poco dialéctica oposición reforma/revolución. El reformismo global y el «alternativismo» global radical implican estrategias globales no apocalípticas, y una dialéctica mutuamente educativa para civilizar y transformar el mundo. De hecho, si los conservadores y tradicionalistas están interesados en proteger la ecología, las culturas locales y las estructuras tradicionales del impacto negligente des/re-estructurante del capitalismo globalizado - y si están preparados para dialogar con nosotros - tampoco deberíamos ponernos, en principio, contra ellos.

Si rechazamos los esquemas históricos (r)evolucionarios, podemos extender a nivel global la noción que Calderón (1987) aplicó a América Latina, de vivir bajo «tiempos mixtos». Esta noción socava las oposiciones binarias tradicional/moderno y moderno/posmoderno, recordándonos que vivimos en un mundo histórico y no sólo en un universo sociológico o lingüístico. Las utopías globales realistas no representarán, entonces, negaciones de la «premodernidad» o de la «modernidad», sino rechazos y rearticulaciones selectivos - implicando la contribución necesaria también de los que viven en -, redescubren o valoran las culturas y civilizaciones precapitalistas. Es dentro de ese marco como podemos entender mejor por qué los indios yanomami «premodernos» de la Amazonia hablan a movimientos «posmo-

ernos» en las «modernas» Norteamérica o Europa occidental. También es crucial qué tanto y en qué formas esos grupos, fuerzas y clases no hegemónicas hablan entre ellos a través de los tiempos, espacios y lugares. Consideremos ahora este asunto.

El capitalismo de información

En la actual transformación global del capitalismo existe un consenso considerable sobre «la importancia central del conocimiento y de la información» (Allen 1992: 182), aun si todavía no está muy claro o es discutible cuál es la función de la transición. La creciente preponderancia del «modo de información» (Poster 1984, 1990) - de datos, ideas, valores, imágenes, teorías, culturas - para los procesos sociales hace que los movimientos en pro de la vida o emancipadores puedan y deban operar en tales terrenos. Allí pueden revelar, como lo hace Amnistía Internacional, lo que se oculta globalmente, o sugerir, como lo haría Amigos de la Tierra, nuevos significados para lo que se revela globalmente (Melucci 1989:204-6). Y un capitalismo de información global parecería suministrar terrenos mucho más favorables para los movimientos emancipadores que los que ofrece el capitalismo industrial internacionalizado (industria, constitución política, nación, campo de batalla). Está demostrado que es extremadamente difícil democratizar radicalmente esos viejos terrenos. En el pasado el terreno siempre dominó el movimiento. Esa ha sido la tendencia, aun cuando sean nuevos movimientos sociales los que entran en los espacios tradicionales como lo atestigua el ascenso y caída de los partidos verdes en las elecciones parlamentarias -. Mientras esos espacios cuenten con legitimidad pública, no los podemos ignorar. Pero el poder de los nuevos movimientos a nivel local, nacional e internacional, radica más bien en sus nuevas ideas, valores y principios organizacionales - y los últimos revelan al menos un entendimiento implícito del potencial de las últimas tecnologías de comunicación -. Para mencionar algo, ellos han realizado las redes como un principio relacional: una rehabilitación de la relación más antigua y común, y una extensión de esa relación de lo local a lo global.

Los nuevos movimientos de solidaridad global son en gran parte «internacionalismos de comunicación». Aquí se entiende la comunicación cada vez más no sólo como un medio neutral para un fin definido organizacionalmente, sino como un complejo de medios/fines y valores contradictorios, que deben ser entendidos y por los que hay que optar en favor o en contra. Así, los nuevos movimientos globales están usando cada vez más las comunicaciones a través del computador (Frederick 1992, Stefanik 1993). Pero a este proceso no le faltan sus propias contradicciones. La transformación lenta de un «internacionalismo organizacional» a ese inter-

nacionalismo de comunicación puede observarse en el caso del movimiento obrero internacional (Waterman 1992).

Civilizando a la sociedad global: un orden mundial alternativo

La globalización implica la importancia central creciente del nivel supra o aterritorial, de las instancias globales y, por lo tanto, la posibilidad y necesidad del desarrollo de una «sociedad civil global». Esto significa una esfera no capitalista/no Estado o anticompetitiva/antijerárquica, para los esfuerzos democráticos, dentro y fuera de los múltiples ámbitos globales existentes. Este punto se discute cada vez más; algunos se refieren a la reforma de la ONU y de otras instancias interestatales similares (Held 1992), otros proponen nuevos patrones, como «el derecho a comunicarse» (Hamelink), y otros están preocupados por la estructura y funcionamiento de los movimientos sociales globales (McCoy y McCully 1993). Finalmente, cada vez hay más esfuerzos dirigidos a considerar la interrelación entre las organizaciones interestatales, las ONGs modeladas en base a éstas, y los movimientos globales que van más allá de los distritos electorales definidos territorialmente (Galtung 1980; Brechner, Childs/Cutler 1993; Havens Center 1993). La sociedad civil global no es un paraíso de libertad no territorial, de igualdad, solidaridad, preocupación ecológica o tolerancia pluralista. Puede ser el espacio privilegiado para civilizar y superar las estructuras/procesos/ideologías capitalistas, estatistas, tecnocráticas, etc. Pero se le debería entender más como un hábitat que debe ser construido continua y colectivamente que como una estructura existente, todavía representada imperfectamente por los movimientos sociales internacionales u ONGs. Dentro de este espacio los movimientos globales expresarán inevitablemente sus tensiones, negociarán sus relaciones, a menudo revelando o reproduciendo las características que alegan haber superado. Sin embargo, cada vez es mayor el número de miembros de esos movimientos que reconoce la ambigüedad de su propia práctica (Charkiewicz y Nijpels 1993:18-19).

Como quiera que sea, hasta donde la sociedad civil dependa del Estado y del capital, luche contra ellos, y esté unida a ellos, el desarrollo de una sociedad civil global depende y estimula la democratización, desconcentración y descentralización de las organizaciones interestatales, de las compañías e instituciones capitalistas globales. Para los sindicatos de la industria automotriz y otros del transporte, y para los movimientos de consumidores y ecologistas, por ejemplo, esto podría y debería

significar proponer un plan de los trabajadores, democrático y favorable a la ecología, para las industrias mundiales del automóvil y del transporte⁷.

Una sociedad civil global de esa naturaleza evidentemente requiere un concepto de ciudadanía del mundo, adecuado para la era de la globalización. Y ese concepto ya no puede ser simplemente el universalista religioso, el cosmopolita liberal o el internacionalista socialista. Bart van Steenbergem identificó como ciudadanos globales hipotéticos al «capitalista global», al «reformador global», al «administrador del medio ambiente» y al «ciudadano de la tierra». Su «ciudadano de la tierra» parecería ser el sucesor pertinente para los antiguos tipos de ciudadano internacional (Steenbergen 1993).

El siglo XIX fue el «siglo del progreso», durante el cual la «ley de hierro de la acumulación de capital» dio origen a una oposición determinista e inflexible. El marxismo considera que «la libertad es el reconocimiento de la necesidad» - difícilmente un incentivo para el pensamiento dialéctico o ético -. La transición gradual del capitalismo industrial al de información, las múltiples crisis de crecimiento, una propagación de la conciencia ecológica, estimulan el pensamiento dialéctico, el reconocimiento de largas cadenas de causa y efecto, la creciente necesidad de alternativas fundamentales concernientes a definiciones cada vez más amplias de lo social. En 1968, el lema «exige lo imposible» - lo anverso del pensamiento marxista - se convirtió en una consigna política. El nuestro es un período en el cual estamos cada vez más condenados a elegir. Esa elección es el terreno de la ética, o de una política éticamente informada y conciente.

Un universalismo para mundos plurales

Aquí existen dos peligros. Uno es reproducir un universalismo que es perverso en intención, particularista en efecto o filosóficamente ilegítimo; el otro es reproducir uno humanista sentimental, donde el amistoso ladrido de bienvenida viene acompañado de un pequeño mordisco en nuestra realidad global infinitamente dividida, compleja y resbalosa. Tratemos el primer reto directamente. El segundo es el tópico del resto del capítulo. Mires (1989, 1991) desarticula convincentemente el discurso internacionalista tradicional, prefiriendo el lenguaje cauto de la «coopera-

⁷Cuando propuse esto en una conferencia internacional de la industria automotriz, en el Transnational Information Exchange (TIE) en Amsterdam, alrededor de 1985, un funcionario internacional de la principal confederación holandesa de sindicatos obreros, la FNV, confeso que estaba totalmente perplejo. Para personas como él, aun cuando apoyen los movimientos por la paz, ecologistas y de derechos humanos, esa noción era completamente utópica. Parece que ya no lo es. Para 1993 el TIE, ahora cada vez más apoyado por los afiliados y miembros de la FNV, estaba organizando su primera «Conferencia sobre el Automóvil y la Sociedad» (TIE Bulletin 1993).

ción internacional» y la «coordinación» al del internacionalismo. También el economista verde Alain Lipietz (1990) alega en favor de un «internacionalismo modesto», de un «universalismo mínimo». Evidentemente, en la izquierda existe miedo a imponer de nuevo a quienes pertenecen a mundos diferentes exigencias universalizadoras de movimientos occidentales u occidentalizados. Dos argumentos pueden ser pertinentes aquí, uno abstracto relacionado con el universalismo y la sociedad civil, y otro concreto, relacionado con la globalización y la responsabilidad universal.

Siguiendo a Alexander (1991), el universalismo cultural ha sido esencial para el desarrollo de la democracia liberal, y su lugar de residencia es la sociedad civil. Podemos incluso estar de acuerdo con él en que los temas de «civildad, sociedad civil, universalismo y ciudadanía» (p. 67) han sido vitales para el desarrollo del Estado-nación occidental, así como para la expansión de los conceptos de ciudadanía de la esfera legal a las esferas política y social. Finalmente, podemos estar de acuerdo con él sobre la manera en que la «comunidad social» puede expandirse más allá del Estado-nación. Alexander argumenta que la sociedad civil no implica la existencia de un consenso o consentimiento público, sino la existencia misma de lo público y, por lo tanto, la posibilidad del escepticismo político, la crítica y la afrenta moral: lo mismo sucede con la sociedad civil global. Me parece que este argumento nos brinda, en principio, una base conceptual para las nociones de ciudadanía global y sociedad civil. Lo que Alexander no hace es relacionar su modelo con el «capitalismo realmente existente», a nivel nacional o global.

Collier (1992) se remite a un universalismo ético, que está relacionado con el capitalismo en general y con los procesos de internacionalización en particular. Este autor reconoce que los marxistas han tendido a argumentar en favor de un universalismo ético ya sea a pesar de o como el interés particular de la clase trabajadora. El se preocupa por escapar de las alternativas del dilema: es decir, aparecer ya sea como un «altruista vergonzoso o como un egoísta colectivo desvergonzado» (p. 76). Y lo hace basándose en lo que llama una ontología relacional. La sociedad, argumenta, no es una colección de individuos, un grupo u organismo, sino una red: «Esa red - 'sociedad' - no es contabilizable, carece de sentido preguntar cuántas sociedades hay en el mundo - ni tampoco existe una sola sociedad. Existe la sociedad - no sociedades o una sociedad -. La sociedad es una red de estructura abierta, que puede dividirse en varias formas para propósitos de descripción y análisis, pero esas divisiones siempre son más o menos artificiales» (p. 82).

La implicación ética de esta interpretación es que la urdimbre de todas las relaciones dentro de la cuales uno está enredado, es la fuente de los valores y las responsabilidades. Relacionarse con otros es ser entendido no tanto por lo que hacemos sino por lo que somos. Esta posición, nuevamente, parecería que nos permite ver que hasta donde exista la sociedad global, ella brinda una fuente de valores y responsabilidades que deben sopesarse contra los que provienen de ser miembro de un Estado-nación, una clase, un grupo étnico, etc. Los mundos que compartimos con otros son los que suministran la base social para la moralidad. Aunque la existencia en el mundo del mercado puede empujarnos en la dirección del individualismo y del egoísmo, también existimos en otros mundos sociales que nos permiten conovernos por las necesidades de muchos otros.

¿Qué sucede con los trabajadores?

Supongamos que estamos de acuerdo en que: 1) los procesos de globalización ofrecen el terreno para un universalismo contemporáneo realista; 2) esto se entiende en relación con proyectos emancipadores específicos de orientación democrática y pluralista; 3) eso requiere tanto principios de solidaridad como procedimientos para su desarrollo. Todavía son necesarios por lo menos dos pasos más. Uno es convertir esos principios filosóficos generales en declaraciones de políticas. El otro es especificarlos de una manera pertinente para actores colectivos potenciales de una naturaleza bastante específica y problemática - por ejemplo, los trabajadores fabriles blancos, varones, semi-calificados, en las democracias capitalistas industrializadas -. Voy a intentar dar esos dos pasos simultáneamente.

Ya hemos visto que la globalización es un proceso multifacético y multidireccional, con efectos, aunque diversos, en todas partes del mundo. Un aspecto crucial es el de la naturaleza cambiante del trabajo a nivel internacional, lo que crea clases trabajadoras muy variables, diferenciadas e interdependientes. Los trabajadores en Occidente están menos seguros de lo que han estado en muchas décadas, y también son menos homogéneos, lo cual puede tornarlos más corporatistas y racistas; pero también puede inclinarlos a sentirse como los trabajadores de otros países, o con otras identidades y preocupaciones sociales locales. Como hemos observado, la lucha contra los efectos de la globalización es algo que involucra a mujeres, minorías étnicas, socialistas y personas en el Sur y en el Este, al igual que en el Oeste. Si el trabajador tiene otras identidades, intereses y aspiraciones - como residente urbano, como feligrés, como homosexual o lesbiana, como ser de una especie - a éstos también los está desafiando la globalización. En otras palabras, los mundos reales e

inevitablemente particulares de los trabajadores son cada vez más invadidos/interconectados/interdependientes.

La necesidad de solidaridad en este mundo globalizado no tiene, además, que ser presentada al trabajador occidental en términos moralistas. Lo digo en varios sentidos. En primer lugar, en la medida que reconozcamos su interpenetración, ya no necesitamos oponernos al egoísmo y al altruismo, al plazo corto y al largo, a lo local y a lo distante. En segundo lugar, como el trabajador ya no está concebido como el sujeto revolucionario privilegiado, ya no puede pensarse que el/ella tenga una responsabilidad moral primaria con el internacionalismo. Reconocer esto podría servir para reducir la tensión. En tercer lugar, en la medida en que la interdependencia sea una condición global, cualquier llamado a esa responsabilidad moral debe dirigirse también a los trabajadores y movimientos obreros fuera de Occidente (aunque la naturaleza del llamado debería ser a propósito para la experiencia y posibilidades locales). Esto también puede reducir las exigencias moralistas y las expectativas de los trabajadores y movimientos occidentales. En tercer lugar, los llamados a los trabajadores desde arriba, abajo o afuera (y estos continuarán) pueden expresarse cada vez más en términos de creatividad, imaginación, exploración y autoactividad del trabajador. Así, la solidaridad global puede verse menos como un deber, de nosotros mismos o de otros, que como una aventura en la cual todos estamos potencialmente involucrados. También puede experimentarse cada vez más como deleitable.

Así, la solidaridad global puede verse menos como un deber, de nosotros mismos o de otros, que como una aventura en la cual todos estamos potencialmente involucrados.

Un mundo que salvar

El desarrollismo (reformista), el tercermundismo (radical) y el internacionalismo proletario (apocalíptico) dependen de las viejas teorías de internacionalización/internacionalismo, con toda la superioridad/culpa, dependencia/resentimiento que ellas implican. Una teoría de globalización comprometida socialmente parecería suministrar una visión del mundo infinitamente más rica, más compleja y más abierta. Los escasos o miserables resultados de 150 años de comunismo, de alrededor de 50 años de desarrollismo o tercermundismo, sugieren que éste puede ser un campo más provechoso de labrar. En 1998 se cumplirá el 150 aniversario del Manifiesto Comunista, que culminó con una consigna retórica de grandeza bíblica: «Trabajadores del mundo, uníos; no tenéis nada que perder sino vuestras cadenas: te-

néis un mundo que ganar». La consigna repercutió a través del mundo de capital industrial, revolviendo por igual los estómagos de testas coronadas y sin coronas. Inspiró movimientos masivos, la mayoría de naturaleza o resultado decididamente no proletario y no internacionalista. Hoy en día es probable que la consigna asuste menos a las testas coronadas de lo que puede espantar a los no trabajadores - y hasta causar que los trabajadores del Tercer Mundo se preocupen por otras cosas que podrían perder, además de sus cadenas (¿un ventilador eléctrico?, ¿un refrigerador?, ¿una videograbadora?) -. Sin embargo, al igual que el mayo francés y el movimiento anti-nuclear, también nosotros necesitamos nuestras consignas, símbolos y rituales. Pero ¿sería apropiada una consigna simplificante para un mundo tan complejo, para un proyecto tan sensible a la ambigüedad, para un período en el cual el optimismo máximo de la voluntad tiene que estar combinado con un escepticismo igual del intelecto? ¿Cómo podría llegar a los trabajadores, los campesinos y los pequeños comerciantes del mundo, con su posesión, o su deseo, de bienes de consumo duraderos, ecológicamente problemáticos? Y, si esa consigna es necesaria, ¿cuál podría ser adecuada para esta tierra (¿globo?) bendita?

*Nota: Este ensayo se incluirá en un próximo libro de Sandra Braman y Annabelle Srebemy-Mohammadi (eds.): *Globalisation, Communication and the Transnational Public Sphere*, Hampton Press, Cresskill (NJ).

Referencias

- Alexander, Jeffrey (1991): «Bringing Democracy Back in: Universalistic Solidarity and the Civil Sphere» en Charles Lemert (ed.): *International and Politics: Social Theory in a Changing World*, Sage, Londres, pp. 157-76.
- Allen, John (1992): «Post-industrialism and Post-Fordism» en Stuart Hall, David Held y Tony MacGrew (eds.) & Held, David (ed.) & MacGrew, Tony (ed.): *Modernity and its Futures*, Polity, Cambridge, pp. 169-204.
- Allende, Isabel (1987): *Of Love and Shadows*, Black Swan, Londres.
- Anderson, Walter Truett (1990): *Reality Isn't What it Used to Be: Theatrical Politics, Read-to-Wear Religion, Global Myths, Primitive Chic and Other Wonders of the Postmodern World*, Harper, San Francisco.
- Bauman, Zygmunt (1986): «The Left as the Counter-Culture of Modernity» en *Telos*, N° 70 pp. 81-93.
- Beck Ulrich (1992): *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, Londres.
- Brechner, Jeremy (1993): «The Hierarchs New World Order and Ours» en Brechner, Jeremy John Brown Childs y Jill Cutler (eds.): *Global Visions: Beyond the New World Order* South End Press, Boston, pp. 3-12.

- Calderón, F. (1988): «America Latina, identidad y tiempos mixtos: o cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano», en *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada postmoderna*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 225-29.
- Chang, Jung (1991): *Wild Swans: Three Daughters of China*, Flamingo, Londres.
- Charkiewicz, Ewa y Nijpels, Maarten (1993): «Dancing with Futures: A Mobile and Flexible Workshop/Journal/Thinkact Group on Ecological and Social Transformations», WISE, Amsterdam, en prensa.
- Collier, Andrew (1992): «Marxism and Universalism: Group Interest or a Shared World?» en Robin Attfield y Barry Wilkins (eds.): *International Justice and the Third World*, Routledge, Londres, pp. 77-92.
- Davis, Mike (1992): *Beyond Blade Runner: Urban Control The Ecology of Fear*, Open Magazine, Westfield, 21 pp.
- Dorfman, Ariel y Armand Mattelart (1975): *How to Read Donald Duck: Imperialist Ideology in the Disney Comic*, International General, Nueva York.
- Ehrenreich, Barbara (1990): «Laden with Lard» en *Z Magazine*, 7-8, pp. 46-7.
- Featherstone, Mike (ed.) 1990: *Global Culture: Nationalism, Globalisation and Modernity*, Sage, Londres.
- Forbes, Jack (1993): «Cross-Boundary Sub-States» en Brechner, Jeremy, Childs y Cutler (eds.): cit., pp. 233-38.
- Frankel, Boris (1987): *The Post-Industrial Utopians*, Polity Press, Oxford.
- Fraser, Nancy(1986): «Towards a Discourse Theory of Solidarity» en *Praxis*, 54, pp. 425-29.
- Frederick, Howard (1992): *Global Communication and International Relations*, Wadsworth Belmont.
- Galtung, Johan (1980): «The Non-Territorial System» en *The True Worlds :A Transnational Perspective*, Free Press, Nueva York, pp. 305-40.
- Garofalo, Reebee (1992): *Rockin' the Boat: Mass Music and Mass Movements*, South End Press, Boston.
- George, Susan (1992): *The Debt Boomerang: How Third World Debt Harms Us All*, Pluto, Londres.
- Gibson-Graham, J. K (1993): «Waiting for the Revolution: Or How to Smash Capitalism While Working at Home in Your Spare Time» en *Rethinking Marxism* 6-2, pp. 10-24.
- Giddens, Anthony (1990): *The Consequences of Modernity*, Polity, Cambridge.
- Hall, Stuart, David Held y Tony McGrew (eds.) 1992: *Modernity and its Futures*, Polity Press, Cambridge.
- Hamelink, Cees: *The Politics of World Communication: A Human Rights Perspective*, Sage, Londres, en prensa.
- Harvey, David (1989): *The Condition of Postmodernity*, Basil Blackwell, Oxford.

- Havens Center (1994): «A Proposal for a Conference on Global Change and Transnational Democratic Activism». Madison.
- Held, David (1992): «Democracy: From the City State to the Cosmopolitan Order» en *Political Studies*, vol. 40, pp. 10-39.
- Lipietz, Alain (1990): «Pour un Internationalisme Modeste» en Mappa, S. (ed.): *Ambitions et Illusions de la Cooperation Nord Sud: Lome IV*, Harmattan, París.
- Martínez, Rubén (1992): *The Other Side: Notes from the New L.A., Mexico City, and Beyond*, Vintage, Nueva York, 170 pp.
- Massey, Doreen (1991): «A Global Sense of Place» en *Marxism Today* 6, pp. 24-29.
- McCoy, Michael y Patrick McCully (1993): *The Road from Rio: An NGO Action Guide to Environment and Development*, International Books/Wise, Utrecht.
- McGrew, Tony (1992): «A Global Society» en Stuart Hall, David Held y Tony McGrew (eds.): *Modernity and its Futures*, Polity, Cambridge, pp. 61-116.
- Melucci, Alberto (1989): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Hutchinson, Londres.
- Mendes, Chico (1992): «Peasants Speak: Chico Mendes - The Defence of Life» en *Journal of Peasant Studies* vol. 20 N°. 1, pp. 160-76.
- Mires, Fernando (1989): «La Crisis del Internacionalismo» en *Servicio Mensual de Información y Documentación, ALAI, Quito*, N° 113, pp. 17-20.
- (1991): «The Crisis of Internationalism», ILERI Foundation, La Haya.
- Petras, James (1993): «Cultural Imperialism in the Late 20th Century» en *Journal of Contemporary Asia* vol. 23 N° 2.
- Pieterse, Jan Nederveen: «Fundamentalism» *Discourses: Enemy Images» en Women Against Fundamentalism*, en prensa.
- Poster, Mark (1984): *Foucault, Marxism and History: Mode of Production Versus Mode of Information*, Polity Press, Cambridge
- (1990): *The Mode of Information: Poststructuralism and Social Context*, Polity, Cambridge.
- Rifkin, Jeremy (1987): *Time Wars: The Primary Conflict in Human History*, Simon and Schuster, Nueva York.
- Shiva, Vandana (1993): «The Greening of the Global Reach» en Brechner, Chüds y Cutler (eds.): cit., pp. 53-60.
- Steenbergen, Bart van (1993): «Towards a Global Ecological Citizen» en Bart van Steenbergen (ed.): *The Condition of Citizenship*, Sage, Londres.
- Stefanik, Nancy (1993): «Sustainable Dialogue/Sustainable Development» en Brechner, Childs y Cutler (eds.): cit., pp. 263-72.
- Transnationals Information Exchange (1993): «Car and Society Conference» en *TIE Bulletin* 12.

Walsh, Roger (1992): «Psychology and Human Survival: Psychological Approaches to Contemporary Global Threats» en Sylvia Staub y Paula Green (eds.): Psychology and Social Responsibility: Facing Global Challenges, New York University Press, Nueva York, pp. 59-85.

Waterman, Peter (1988): «The New Internationalisms: A More Real Thing Than Big, Big, Coke?» en Review v. 11 N° 3, pp. 289-328.

- (1989): «For the Liberation of Internationalism: A Long March Through the Literatures» en Alternatives V. 14 N° 1, pp. 5-47.

- (1992): «International Labour Communication by Computer: the Fifth International?», Working Paper Series, N° 129, Institute of Social Studies, La Haya.

- (1993): «Globalisation, Civil Society, Solidarity: The Politics and Ethics of a World both Real and Universal», La Haya.